

LA LECCIÓN DE ANTONTXU

José Antonio Pagola



Creo que era el 21 de diciembre. Andaba yo metido en los últimos preparativos para salir hacia Ruanda con D. José María Setién a pasar las Navidades con nuestros misioneros guipuzcoanos. Pero pude sacar un hueco para trasladarme con Jon Etxabe Goñi hasta el Hospital Geriátrico y encontrarme con Antontxu. Yo había oído hablar de él. Lo que no sabía es que en aquella pequeña habitación iba a vivir una de las experiencias más inolvidables de mi vida.

La primera sorpresa fue su rostro. He visitado a bastantes enfermos terminales. Aquel rostro sonriente de Antontxu y su mirada llena de vida no eran los de un enfermo cerca ya de su final. Su jovialidad y su necesidad apasionada de comunicarnos lo que vivía por dentro me rompían todos los esquemas. Yo he pasado horas junto a enfermos muy graves, escuchando sus penas y tratando de aliviar sus últimos momentos. Aquí todo "funcionaba" al revés. Era precisamente Antontxu el que, consciente de su próxima muerte, nos llenaba a todos de vida.

Traté de intuir dónde estaba el secreto. Aquel hombre amaba la vida con pasión. Bastaba escucharle mientras nos hablaba de sus recuerdos; los amigos, el trabajo, su pueblo querido de Rentería, el Touring, sus estudios de historia local y de toponimia, las tesis doctorales que acababa de corregir, sus proyectos... Sin embargo, ni un rastro de nostalgia en sus palabras. "He sido feliz viviendo y soy feliz ahora que estoy muriendo".

Pronto me di cuenta de que me encontraba ante un hombre "diferente", y traté de penetrar más en el fondo de su alma. Antontxu hablaba de su enfermedad en términos desconcertantes. "Aquí estoy con mi amigo el cáncer". Así de sencillo. Todo le parecía bien. Todo era natural. "Es una suerte saber que te mueres y tener tiempo de prepararte".

Antontxu no era un ingenuo. Sabía lo que se le acercaba. Morir no es fácil para nadie. Pero lo vivía desde otra "dimensión". En un determinado momento me habló de su muerte así; "José Antonio, muchas veces le digo a mi cáncer: Tú un día me vencerás, pero te quedarás aquí. Y yo me libraré de ti y me marcharé para siempre a la verdadera vida".

Yo no terminaba de creerme lo que veía. Todo me parecía irreal. Se lo dije claramente: "Antontxu, ¿pero te das cuenta de que estamos hablando de tu muerte?, ¿que pronto no estarás aquí?, ¿que tu esposa, tu hijo, tu nuera y tus amigos te llorarán?". Antontxu me miraba con una sonrisa ancha. "Sí. Yo ya termino mi recorrido. Ahora viene lo mejor. Ahora vuelvo a Dios". Entonces pidió a su esposa un libro que tenía en el armario. Era mi última publicación. Lo había encuadernado de forma especial. Lo tomó en sus manos, lo besó y me dijo "En estos momentos es mi libro de texto". Luego repitió el título del libro: "Es bueno creer". A mí se me salían las lágrimas.

Antontxu seguía hablando. Me contaba la amabilidad de las enfermeras y los cuidadores. Me preguntaba por Ruanda: "Aquéllos sí que sufren y no yo. ¿De qué me voy a quejar?". Seguía recordando mil cosas de su querido Rentería... El tiempo pasaba sin darnos cuenta. La comida se quedó fría sobre la mesilla. Aquel hombre buscaba ya otro alimento.

Llegó la hora de despedirnos. Se lo dije de verdad: "Antontxu, volveré. En esta sociedad nos enseñan a vivir, pero nadie nos enseña a morir. A mi vuelta de Ruanda volveré pues quiero aprender a morir". No fue posible. A los pocos días de volver de África me comunicaron que Antontxu "se había ya liberado de su amigo cáncer". Me tuve que contentar con una sola lección. Difícilmente la olvidaré. Antontxu me ha enseñado lo que la fe puede aportarnos en el momento decisivo de afrontar el misterio de la muerte. ✎